

**MUJICA PINILLA, Ramón.** *Rosa limensis. Mística, política e iconografía en torno a la patrona de América.* Lima: Banco Central de Reserva del Perú, Fondo de Cultura Económica e Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001, 485 pp.

Estamos asistiendo en los últimos años, ciertamente, al redescubrimiento de ciertos tópicos de la historia virreinal peruana: el de la santidad y la vida religiosa ejemplar es uno de ellos. Dentro de ese gran tema, ha cobrado renovado impulso el estudio de la vida de Rosa de Lima, y no precisamente en lo que se refiere al aporte de nuevos datos biográficos, sino a la percepción que de su corta existencia hubo en sus días y después. Con Ramón Mujica, conozco al menos cuatro investigadores contemporáneos ocupados en el "*efecto Rosa*" (Glave, Graziano, Hampe y Millones). Valga la aclaración: no ha resucitado la hagiografía apologética de Isabel Flores de Oliva, pues la Santa ya lo es y no se requiere añadirle virtudes, sino que el mayor conocimiento de las circunstancias y personajes históricos que la rodearon, permite una crítica relectura de las biografías hagiográficas, del proceso de canonización, de los informes de quienes la conocieron y de otras fuentes, lo que permite entender hoy mejor a Rosa en el contexto del Perú de las primeras décadas del siglo XVII. Se trató de una sociedad "heroica y singular, medieval en su espiritualidad, cosmología y patristica, renacentista en su psicología y manejo de las fuentes clásicas y neoplatónicas, y contrarreformista en su vocación espiritualista y misionera", nos dice el autor (p. 36), al bosquejar la complejidad del panorama histórico del que surge nuestra primera Santa de altar. Gracias a esa relectura del contexto es que sentimos a Rosa más cercana. Las ventajas de la historia cultural, dirán los teóricos. Misterios del accionar de la Providencia en los albores del siglo XXI, dirán los devotos de la Santa de Lima.

*Rosa limensis* parece tener la doble virtud de develar nuevos aspectos del proceso de construcción social de la Santa y prepa-

ramos para entenderlos —proveídos del debido andamiaje intelectual— con particular énfasis en los singulares mística y ascetismo de Rosa. La metodología de la que se vale el autor es por momentos audaz: son sugerentes, sin duda, las asociaciones entre historia y conceptos de teología, y de mayor osadía, por cierto, las interpretaciones que propone a partir de la información y la lógica de patrones iconográficos medievales y renacentistas para interpretar las fuentes escritas. En el juego de las disciplinas que se entrecuzan, pueden marcarse distancias con Mujica, pero no podemos negar la creatividad y erudición de su obra. Se trata, propone el autor, de llegar al proceso que convierte a Rosa en iluminada y luego en mística —dada la inexistencia de sus propios escritos místicos (p. 37)— valiéndose de otras voces para descubrir su evolución espiritual y su transformación en ícono social. Hay que descubrirla en sus modelos de santidad, en los cultos y las prácticas más populares de su época, en los diálogos cargados de angustia entre ella y sus confesores. Es un viaje a la vivencia de su santidad por vías alternas. Es la búsqueda de Rosa por entenderse a sí misma como una santa con misión, en el particular contexto de los Andes virreinales, donde hasta el más mínimo de sus sacrificios trascendía al “cuerpo político” de su comunidad nacional (p. 41).

Allí está el eslabón que une el derrotero personal de Isabel Flores de Oliva con el de la nación peruana que se va formando en las contradicciones del sistema colonial temprano. El lector va superando los límites de la reclusión física y la inmediatez de las mortificaciones de Rosa, para ir atisbando una vida que pretende simbolizar y hasta encarnar la problemática social del siglo XVII peruano. Acaso sea esa la razón de la múltiple —trascendiendo clases y distancias étnicas— apropiación del culto que se dio y se da hasta hoy en los Andes, como propone el autor. En este último sentido, el de buscar una utilidad política a la vida y al significado póstumo de la existencia de Rosa, es que son muy sugerentes las comparaciones que hace Mujica con el otro mito político-religioso americano, que es el culto mariano de la Guadalupe mexi-

cana, revelándonos así unas aristas poco conocidas del temprano arraigo continental de la patrona de América.

La obra sigue ese orden temático. El primer capítulo nos introduce al contradictorio mundo de las iluminadas y beatas, esas mujeres que van del paroxismo —pese a que el modelo de vida tiene raíces ortodoxas— a la santidad. Muchas de ellas son rápidamente identificadas como confusas, otras despiertan dudas, acaso solo por el hecho de ser mujeres y de no tener el respaldo de una orden religiosa. La propia Rosa —cuyas fuentes intelectuales conocemos también en el primer capítulo— es vista como “*melancólica*”, enfermedad del siglo dramáticamente retratada por el autor en las páginas del capítulo segundo. Este es, a nuestro juicio, uno de los más interesantes aportes de la obra, pues conoceremos a Rosa a través de los sesgados juicios de su confesor, el P. Juan del Castillo, cuyo proceso inquisitorial es ricamente trabajado por Mujica para comprender al confesor de la Santa y, por ende, a la confesada. No menos jugosa es la interpretación de los dos manuscritos hológrafos de Rosa, de los que el autor extrae no solo interesantes considerandos sobre la experiencia mística de nuestra santa, al reconstruir el proceso intelectual de su misticismo carmelita. Anatomía de una melancolía, sin lugar a dudas, y vaya que era una melancolía enjundiosa.

Los capítulos tercero, cuarto y quinto abordan ya no a la Santa, sino al uso que se hace de su culto y de la simbología que de ello se deriva, entre los siglos XVII y XIX. Es el estudio de “*el fenómeno Rosa*”: Rosa como motivo iconográfico contrarreformista al servicio de un imperio misional, como símbolo aglutinante de los criollos americanos y como enseña de la emancipación (aunque también como enseña contrarrevolucionaria). Es impresionante el acopio de información iconográfica europea y americana y la soltura del autor para moverse en ese universo simbólico. Cierra la obra un adecuado balance, una útil cronología (de la Santa y de su culto) y un novedoso apéndice documental que reúne el sermón de fray Gonzalo Tenorio con ocasión de la beatificación, la oración panegírica en homenaje a la Santa pronunciada en el con-

vento de Santo Domingo del Cuzco (¿con ocasión de festividad similar?), la descripción del conjunto iconográfico expuesto en las iglesias de Roma durante las fiestas de beatificación y el delicioso villancico a Rosa, con texto de Calderón de la Barca. Todo lo cual corrobora lo que sostuvo ya en el siglo XVII Antonio de León Pinelo, y el constante interés de Ramón Mujica en el tópico ha confirmado: “[...] *a Rosa la luz le crece, después que supo morir.*”

Carlos M. Gálvez Peña  
*Instituto Riva-Agüero*